



7. La izquierda contra el franquismo

El PCE en el proceso de cambio político. La voluntad de ser arte y parte

Xavier Domènech Sampere

Con Franco ya en la cama, languideciendo hacia la muerte, más de trescientos dirigentes obreros fueron convocados a una conferencia en Francia. Allí el secretario general del PCE les arengó en un sentido muy determinado. En ese momento

la clase obrera, a través de su lucha, a través del movimiento de Comisiones Obreras y del Partido, es la vanguardia efectiva de la lucha democrática.(...) podéis dirigir una gran lucha de masas de los trabajadores. Pero, para eso –y es algo que yo quiero subrayar, camaradas, después de las discusiones que hemos tenido aquí–, hay que tomar plena conciencia de que la lucha que tenemos ante nosotros, ahora, en el movimiento obrero, en el movimiento democrático –pero yo recalco en el movimiento obrero– es, ante todo y fundamentalmente, una lucha de carácter político. Que el objetivo fundamental de esa lucha es político: aprovechar el desequilibrio que provoca la desaparición de Franco para derribar, para destruir el conjunto del régimen franquista, para allanar el terreno sobre el cual va a levantarse en un nuestro país un sistema democrático. ¡Ese es el contenido esencial de toda nuestra lucha, de toda vuestra lucha, de toda la lucha de la clase obrera hoy!¹.

Una arenga que, después de algunos intentos anteriores para forzar el paso hacia una lucha más directa contra el régimen saldadas con resistencias por parte de los propios dirigentes obreros, marcaba el fin de un ciclo y el inicio de uno completamente nuevo.

En el ciclo que ahora terminaba el partido había conseguido, después de los fracasos de la Jornada de Reconciliación Nacional de 1958 y de la Huelga Nacional Pacífica de 1959, devenir en el partido de los movimientos sociales opositores a la dictadura. Un proceso que se gestó a partir de una estrategia de trincheras que

¹/ Arxiu Nacional de Catalunya (ANC), Fons PSUC, Santiago Carrillo; Gregorio López Raimundo, *Sobre el movimiento obrero*, Edita el CE del PSUC, noviembre de 1975, Doc. po. Del CE, caja 9.

subordinaba, no sin contradicciones, la acción política a la social en una progresiva acumulación de fuerzas con varios objetivos: llevar a la articulación de lo que se llamó en ese momento espacios de libertad, a la creciente erosión de la dictadura y a la extensión de una protesta social que, cual mancha de aceite, finalmente comportaría el fin de la dictadura (Domènech, 2008). Un ciclo que en definitiva ahora se cerraba. Se trataba, según proclamaba el secretario general del PCE, de pasar de la lucha de trincheras a la de movimientos directos contra la dictadura, impulsando un nuevo ciclo de protestas. ¿El objetivo? No otro que la caída de la dictadura. ¿El piloto? El partido del antifranquismo/2. Pero no fue así, o no fue exactamente así. De hecho en el proceso de cambio político ciertamente el PCE probablemente tuvo, exceptuando el período de la Guerra Civil, una capacidad de incidencia e influencia como nunca, pero, a pesar de ello, ese momento no devino para él prologo de una nueva historia, sino en gran parte el epilogo/3.

El partido del antifranquismo

Para la consecución del fin de la dictadura, el PCE había diseñado dos herramientas fundamentales, y fundamentalmente ligadas, ya desde mediados de los años cincuenta. Con múltiples mutaciones, y una progresiva sofisticación en el intento de adaptarse a una realidad cada vez más compleja, la primera de ellas buscaba la activación de la clase obrera y, posteriormente, del resto de la sociedad en una Huelga Nacional; la segunda, que tenía tanto que posibilitar esa acción común para hacer caer al régimen como dar una salida a su desaparición, buscaba la unidad de las fuerzas políticas antifranquistas. (Sánchez Rodríguez, 2004)

A la primera se le llamó Huelga Nacional Pacífica en el 1959, Huelga Nacional Política en 1963, cuando ya no se tenía tan claro que la caída del franquismo media-se sin violencia, Huelga General Política y Huelga Nacional, separando la primera que sería obrera de la segunda que sería del resto de la población, o, finalmente Acción Democrática Nacional ya en el período que nos ocupa. La segunda revestía, si cabe, un mayor complejidad cruzada de dos paradojas. El PCE era el principal partido del antifranquismo y en ese sentido ocupaba un papel central en su articulación política, pero a su vez era un partido comunista en medio del contexto de la Guerra Fría y el anticomunismo no era sólo patrimonio de la dictadura en este sentido, lo que dificultaba enormemente su capacidad para establecer alianzas políticas. En este marco sólo su relevancia como partido de los movimientos había conseguido superar, parcialmente, esta situación. Así, fue desde su presencia en los movimientos sociales como se pudo articular en la Taula Rodona, primera experiencia unitaria del antifranquismo catalán vinculada a los hechos de la *Caputxinada* protagonizados por los estudiantes, en 1966; en la Coordinadora de Forces Polítiques de Catalunya, después de la experiencia del Estado de Excepción de 1969 que evidenció hasta que punto el partido comunista catalán garantizaba la

2/ Expresión utilizada por Carme Molinero y Pere Ysàs (Molinero y Ysàs, 2004).

3/ No es motivo de este texto el intento de explicar la contribución del PCE al proceso de cambio político, sino aproximarse tan sólo aquellos elementos que explican su evolución como partido a través del mismo.

continuidad del antifranquismo social; y, posteriormente, en la Asamblea de Catalunya. Pero este era el caso del PSUC, un partido que se movía en un tejido social antifranquista singularmente denso (Molinero e Ysàs, 2010; Cebrián, 1997). En el caso del PCE no se pudo articular una primera plataforma unitaria, la Junta Democrática que reunía también al PSP de Tierno Galván, a las CC OO, al Partido Carlista de Carlos Hugo y a personalidades independientes, hasta una fecha tan tardía como julio de 1974. Articulación que fue acompañada, además, por la aparición de un competidor en la forma de la Plataforma de Convergencia Democrática pilotada por el PSOE en junio de 1975, acompañado en este caso por demócratacristianos, el Movimiento Comunista o la Organización Revolucionaria de Trabajadores. Pero si esta era la primera paradoja a la que se enfrentaba el PCE, en una de las piezas claves de su estrategia política, había todavía otra relacionada con esta primera.

En el desarrollo del antifranquismo el papel que se autootorgaba el PCE lo convertía en arte y parte del proceso, en una tensión no siempre bien resuelta. Como principal partido de los sectores populares en el marco del antifranquismo debía poder defender sus intereses, de la misma forma que los sueños de parte de la militancia que surgía de ellos. Como principal partido con la voluntad de articular la unidad del antifranquismo debía estar dispuesto a pactos cada vez más amplios e interclasistas. Doble realidad que a veces entraba en contradicciones. En este sentido, la política de alianzas se amplió en sus herramientas precisamente para intentar integrar las dos realidades. En la segunda mitad de los sesenta, en un momento donde el PCE sufrió varias escisiones por la izquierda, a la vez que crecían las organizaciones de la izquierda radical, se empezó a formular en este sentido, complementando y ampliando la tradicional política de alianzas para la consecución de la democracia, la idea de la Alianza de las Fuerzas del Trabajo y la Cultura que permitiría dotar de base una democracia política y social avanzada y vislumbrar la posibilidad del camino hacia el socialismo, sin caer en:

El error principal de los grupos “izquierdistas” –que– radica en su subestimación del papel decisivo que la participación en la lucha reivindicativa y la propia experiencia juegan en el proceso de toma de conciencia revolucionaria de los trabajadores y de las masas en general. A causa de esto, estos grupos no ven la necesidad de escalonar los objetivos revolucionarios, de colocar en primer término aquellos que en cada momento pueden hacer avanzar el proceso de marcha hacia el socialismo, de realizar una política de alianzas que junte en cada momento al mayor número de fuerzas contra el adversario principal, cosa que les lleva a negar el carácter revolucionario inmediato de la toma del Poder por el proletariado. Desconocen de esta manera las enseñanzas de Lenin y la experiencia revolucionaria internacional. Olvidan que meses antes de la Revolución de octubre se produjo en Rusia la revolución de febrero que derrocó el zarismo. Pasan por alto que la revolución cubana derrocó el poder dictatorial de Batista apoyándose en una coalición de fuerzas que incluía una parte de la burguesía nacional y enarbolando la bandera de la constitución de 1940 y que sólo posteriormente se pasó en Cuba a la etapa socialista de la revolución. Cierran los ojos, así mismo, a las enseñanzas que aporta la política que sigue el Frente Nacional de Liberación del

Vietnam del Sur (FNL) el cual, a pesar de que las cuatro quintas partes del territorio del Vietnam del Sur están en su poder, preconiza en su Programa la formación de un Gobierno de unión nacional y democrático que agrupe a las personas más representativas de todos los sectores populares, las nacionalidades, las religiones, de todos los partidos patrióticos y democráticos, así como a otras personalidades y fuerzas patrióticas que han contribuido a la liberación nacional/4.

Pero más allá de la plasmación práctica de esta alianza –se podría argumentar que en parte la Asamblea de Catalunya y, también en parte, los debates que se vivieron en la misma durante el año 1976 tuvieron algo que ver con este tema– lo cierto es que una vez formulada como opción estratégica de fondo quedó prácticamente en esto: en una opción estratégica de fondo. Fue lo que se llamó Pacto por la Libertad, que tenía como objetivo principal la ampliación constante de alianzas en el intento de derrocar la dictadura, lo que realmente se puso en juego. En ese contexto, por ejemplo, en el marco del desarrollo del Pacto por la Libertad se asumía durante la celebración del VIII Congreso del PCE en 1972 la integración de España en el Mercado Común. De esta forma se evitaba, según el partido, que la integración europea se convirtiera en una bandera que permitiera el aislamiento de los comunistas, ya que

(...) no cabe duda que la aceptación del Mercado Común constituía la base sobre la que la derecha social (...) pensaba poder agrupar a todas las fuerzas excluyendo a la clase obrera, excluyendo al Partido Comunista, aislando al Partido Comunista y capitalizando al movimiento democrático en nuestro país. Y una alianza, un acuerdo que fuese desde los centristas hasta la derecha del Partido Socialista sería el tipo de acuerdo que garantizaría el desarrollo neocapitalista en nuestro país/5.

Este era un camino que por algunos instantes, como los vividos posteriormente a la muerte de Carrero Blanco en 1973, incluía la posibilidad la convergencia con los sectores reformistas del régimen, en un momento donde:

Nuestro país entra en una fase crítica cuya trascendencia nadie puede minimizar. La crisis del régimen dictatorial, mucho tiempo larvada, ha quedado abierta tras la muerte del Almirante Carrero Blanco. Las cosas han transcurrido diferentes a como todos imaginaban. No es el General Franco quien se esfuma sino quien estaba destinado a garantizar la sucesión en su continuidad.. (...) En esta hora nadie puede encerrarse en el papel de espectador. Todos debemos ser protagonistas (...) es indispensable un diálogo, una convergencia que rompa las barreras entre los que dicen querer cambiar el sistema desde de dentro y los que hemos sido situados implacablemente durante decenios fuera de toda legalidad (...) Si la voz responsable del Partido Comunista no es escuchada, si no se emprende el logro de soluciones políticas de convergencia que permitan ir hacia un gobierno de amplia coalición, con libertades, con libre consulta al

4/ ANC, Fons PSUC, *Deturar la repressió, acabar amb l'immobilisme, imposar un canvi democràtic*. Informe presentat per Gregori López Raimundo en nom del Comitè Executiu del P.S.U. de Catalunya en una reunió de comunistes catalans, enero de 1969, caja 55. Traducido del catalán.

5/ ANC, Fons PSUC, *Intervencions polítiques*, III Congreso del PSUC, febrero de 1973, caja 4.

pueblo para que éste, sin revancha, reconciliado, enterrada la hacha de la guerra civil, decida soberanamente los destinos de España, las clases dominantes serán responsables una vez más, ante la historia del periodo de violencia que puede instalarse en nuestro país/6.

De hecho en los posibles desarrollos del Pacto de la Libertad, en unas fechas tan tempranas como 1970, ya se llegó a entrever la posibilidad de que:

La cristalización del Pacto para la Libertad puede incluso determinar que el Gobierno, o los gobiernos que todavía surjan dentro de este régimen, sean los de su liquidación. Se habla de la posibilidad de un nuevo Gobierno que desempeñe un papel de transición, de liquidación de lo actual. Por muy difícil que parezca, eso no es imposible (...). Todo depende en esta situación de que haya una auténtica alternativa potenciada por un fuerte apoyo popular en la calle. Esa alternativa y el movimiento popular pueden vaciar progresivamente al Gobierno de su capacidad de resistencia, restarle día tras día sus apoyos, obligarle a realizar, cualesquiera que hayan sido sus intenciones originales, una política de liquidación del régimen”/7.

De todas formas esa era una posibilidad inicialmente marginal en el desarrollo estratégico del PCE. Lo que no fue marginal es la tensión entre ser el principal partido que pretendía representar a las clases populares, y los mismos sueños de su militancia, y la voluntad de ser, a su vez, el principal defensor de la unidad antifranquista, en una concepción extremadamente amplia de esa unidad. Esta fue una tensión que en diferentes momentos y contextos acabó por atravesar toda la dinámica del Partido Comunista durante el proceso de cambio político, hasta acabar por afectarle en su vida interna.

De la calle a los despachos

Si el secretario general del PCE había pedido la activación de la movilización social en los momentos finales del dictador, lo cierto es que ésta, por múltiples factores, tomó una dimensión inusitada durante el primer semestre de 1976. A lo largo de ese año, clave en la consecución del fin de la dictadura, 110 millones fueron las horas perdidas en conflictos laborales, por sólo 10 millones en 1975, en un país donde el derecho a huelga no existía y a pesar de ello se ponía a la vanguardia de la conflictividad europea. Una oleada de huelgas que se concentró en el primer semestre y que contenía en ella huelgas de carácter local, comarcal o provincial con un alto contenido político y que, en cierta manera, prefiguraban la imagen de la huelga general política como antesala de la caída del franquismo. En este sentido, los conflictos locales, en un marco de conflictividad generalizada y en un tempo político muy concreto, visualizaban como la agregación de conflictos, en forma de mancha de aceite, podía llevar a una huelga general que, seguida de la Acción

6/ ANC, Fons PSUC, *Declaración del Pleno del CE del Partido Com. De Esp.*, texto tomado de la escucha de la REI, Editado por el CE del PSUC, diciembre de 1973, caja 8.

7/ Carrillo, S. *Libertad y Socialismo*, París, Éditions Sociales, 1971, págs. 46 – 47.

Democrática Nacional de toda la población, consumaría la caída de la dictadura y la instauración de un Gobierno Provisional conformado por el conjunto de la oposición (Domènech, 2002). Y si la primero, la Acción Democrática Nacional, parecía poderse tocar ya con los dedos, lo segundo, la unidad del antifranquismo, se encontraba también en un proceso acelerado. Tal como había esperado el Partido Comunista, la movilización social y política fue un acicate hacia la unidad del antifranquismo político. Finalmente, las dos principales plataformas unitarias del antifranquismo, pilotadas por el PCE y el PSOE respectivamente, se fusionaron en Coordinación Democrática en marzo de 1976. Pero el proceso no culminó allí, nuevos grupos se fueron incorporando hasta la conformación final en octubre de la Plataforma de Organismos Democráticas. Una unidad, de todas formas, que no se hizo sin una transformación. La omisión de la necesidad de ir hacia una Acción Democrática Nacional en ese proceso, llevó a la centralidad de la idea de una ruptura pactada. Pero fue otro actor el que rompió con la idea la posibilidad de que una caída del régimen llevase a la formación de un gobierno provisional.

La caída del primer gobierno de la monarquía, presidido por Arias Navarro, y su sustitución en junio de 1976 por el nuevo gobierno de Adolfo Suárez, supuso un cambio radical en las posiciones que había operado el cambio político para el antifranquismo y el PCE, hasta entonces. La imposibilidad de un proyecto meramente reformista del franquismo, dada la capacidad de movilización social mostrada por la oposición en la calle, llevó a que éste fuera asumiendo progresivamente el programa de la oposición. Este fue uno de los grandes éxitos del antifranquismo, y en este sentido del mismo PCE, pero también se dio en unas condiciones distintas y con limitaciones a aquello que se había proyectado desde las plataformas unitarias. Un cambio que fue percibido desde la dirección comunista y que impuso unas nuevas reglas del juego. Tal como se debatía en la dirección del PSUC en esos momentos:

De un gobierno que quería imponer la reforma (...) desde posiciones autoritarias (Fraga), a un gobierno que está dispuesto a negociar la reforma (...) ha empezado una campaña de aproximación y discusión (no de negociación aún) con la oposición (aunque no con toda y no colectivamente: evitando un frente común de toda la oposición a nivel estatal). (...) Pero esta disposición introduce un elemento nuevo a la situación. ¿Se tiene que negociar con el gobierno? (...) mientras el gobierno quiere elecciones a Cortes, reguladas y controladas por el propio gobierno (...), nosotros queremos elecciones constituyentes, es decir con garantías: presidido por un gobierno provisional representativo de todas las fuerzas democráticas a nivel de Estado. Se trata de negociar la ruptura, no la reforma. (...) Este es el gran debate (...) Para nosotros hay cuestiones sine qua non, cuestiones fundamentales, a las que no podemos renunciar (...). Pero somos una fuerza política responsable. Hacemos política y no demagogia. Por esto cuando hacemos propuestas, las hacemos de acuerdo con la correlación real de fuerzas del país y no formulamos propuestas utópicas. Y cuando hablamos de ruptura tenemos en cuenta los dos términos: ruptura - pactada. (...). En España no habrá Democracia contra el ejército (...) Y esto no responde

a un deseo del P., sino a la correlación real de fuerzas. Si perdemos de vista la correlación real de fuerzas, no habrá libertades. Es por eso que, cuando hablamos de condiciones para la ruptura, tratamos de encontrar un punto de equilibrio que permita el Pacto: no hacemos demagogia, hacemos política/8.

Una nueva realidad que llevó al PCE a una nueva agenda política, donde la discusión ya no fue como provocar la caída del régimen, sino en qué condiciones se iba llegar a un proceso electoral. Una nueva baraja de cartas se repartió en esta partida. Donde antes estaba el intento de producir una huelga general de la clase obrera, en un proceso de mancha de aceite que llevase al fin de la dictadura, ahora las huelgas y las protesta, y con ello los movimientos sociales, se convertían para el partido en un recursos para forzar la negociación con el gobierno. El máximo exponente de esto fue la convocatoria, a la vez que se intentaban limitar en esta nueva etapa los conflictos de larga duración a nivel local o comarcal, de la huelga general de un día del 12 de noviembre de 1976, en el contexto del referéndum por la reforma política celebrado finalmente el 15 de diciembre. Pero no sólo fue ese el cambio. Donde antes había un progresivo proceso de unidad antifranquista, ahora las dinámicas de divergencia empezaban a hacer acto de presencia. Hechos como la celebración abierta del congreso de la UGT en el interior en abril de 1976, en los mismos instantes que la dirección de la UJCE era detenida y sometida a torturas/9, o la celebración tolerada en diciembre del congreso del PSOE con el respaldo de dirigentes internacionales de la Internacional Socialista, mostraban a las claras que no todos serían tratados por igual. Y en este mismo sentido, finalmente, donde antes se trataba de conseguir pilotar a un bloque antifranquista, ahora, con progresiva ansiedad se trataba de conseguir la legalización, la salida a la superficie, con la celebración de actos públicos, forzando a su vez la presencia de los dirigentes en la legalidad, que tuvo su coronación con la detención y posterior liberación de Santiago Carrillo el 22 de diciembre de 1976, para poder llegar a las elecciones. Casi todos los recursos del partido se centraron en definitiva, ante las disyuntiva provocada por la convocatoria de elecciones para el 15 de junio de 1977, en:

Ir: Es la mejor manera de conseguir las 7 condiciones, la mejor manera de conseguir nuestra legalización. No ir querría decir seguir con una actividad testimonial, que nos aislaría de la escena política y reduciría nuestra incidencia. La batalla política no se libra en el terreno que nosotros hemos escogido, sino (...) en el terreno de las elecciones de la reforma. ¿Podríamos esperar a qué se diesen las condiciones? Los demás se pondrían delante nuestro. (...) El cambio táctico no es para aceptar los éxitos de la reforma, sino para resituar nuestra política en su terreno para conseguir nuestros objetivos (...). No podemos colocarnos a la defensiva ante las elecciones. Eso nos llevaría al dilema “electoralistas” y “movilizadores”. Hoy ser electoralistas quiere decir ser movilizados. El punto más importante de movilización son las elecciones. (...) La movilización fundamental es la campaña electoral. Todo ha de estar supeditado a la campaña electoral/10.

8/ ANC, Fons PSUC, *Informe de conjuntura*, CE, manuscrito, 21 de julio de 1976, caja 9. Traducido del catalán.

9/ ANC, Fons PSUC, *Libertat per Domènec Martínez*, 23 de abril de 1976, 1272 (I), caja 76.

Y ciertamente ser electoralista quería decir en ese momento movilizarse. Finalmente los recursos acumulados por el partido, en militancia, en capacidad de incidencia en los movimientos sociales y en el tejido civil, durante décadas de trabajo, para conseguir su legalización en ese 9 de abril de 1977, a pesar de todas las resistencias del viejo régimen que no fueron pocas. Una legalización tardía, y más aun en el caso del PSUC que se demoró todavía unas semanas más, que iba en detrimento de sus posibilidades, una legalización con la que el proceso democrático ganaba en profundidad y amplitud, pero una legalización que no llevó a los resultados esperados. Las elecciones del 15 de junio de 1977 marcan uno de los instantes cruciales del fin real de la dictadura. Inesperadamente, si el conjunto de los partidos que provenían del antifranquismo, en un voto de todas maneras fragmentado, representaban al 48,3% de los electores, los que venían de las filas del franquismo, en un voto mucho más agrupado que permitió la formación del gobierno de UCD, cosecharon el 43%. Fue este resultado el que marcó el paso de lo que eran unas elecciones a Cortes dentro del franquismo, a su transformación en Cortes Constituyentes y, por tanto, el paso de un régimen a otro. Pero para el PCE lo cierto era también que si la movilización se había centrado en las elecciones, éstas se habían mostrado muy poco cálidas en sus resultados. La movilización había luchado por la legalización del partido, y con ella también por la ampliación de la democracia, pero no por eso los resultados electorales dejaban de ser un jarro de agua fría para los militantes y los dirigentes del partido.

El partido del antifranquismo pasaba a ser ahora un partido. Un partido que ya no se encontraba en el centro del debate político, un partido que no se encontraba ya ni siquiera en el centro del arco de la izquierda. El 9,2% de votos cosechados lo dejaban a mucha distancia de un PSOE que, con el 29,2% de los votos, coqueteará con una retórica radical, lejos del discurso de la “responsabilidad” comunista, durante todo el primer ciclo electoral de la nueva democracia. El PCE seguía conservando una notable presencia en los movimientos sociales, específicamente en CC OO, y un importante patrimonio histórico labrado en el campo del antifranquismo, lo que lo dotaba de capacidad de influencia aún en el proceso político, como se demostró en la redacción de la Constitución, pero el cambio de papel era radical en el nuevo contexto. El intento, en este sentido, de propugnar una política de concentración nacional con la Unión de Centro Democrático, incluyendo en la misma la firma de los Acuerdos de la Moncloa ya que “*implican una política de concentración, que es precursora del gobierno de concentración*”¹¹, parecía una prolongación de toda la política anterior en un contexto donde su debilidad era mucho más patente. En todo caso este ciclo quedó ya absolutamente cerrado en 1982, cuando el PSOE se erigió ya no en el partido de la izquierda institucional, sino en el nuevo partido de gobierno, mientras el PCE cosechaba sólo un 4% de los votos y se quedaba sin grupo parlamentario propio.

¹⁰/ ANC, Fons PSUC, *Reunions del comitè executiu (1976 - 1977)*, acta de la reunió del 20 de diciembre de 1976, caja 9. Traducido del catalán.

¹¹/ ANC, Fons PSUC, *IV Congrés PSUC, Informe del CC*, octubre de 1977, caja 7. Traducido del catalán.

El partido ensimismado

Más allá de los debates sobre el leninismo, prosovietismo o eurocomunismo, como opciones estratégicas, tácticas e identitarias, que ocuparon gran parte de la vida interna del PCE al final del proceso de cambio político, y que son aún materia de debate en la atribución de responsabilidades sobre lo que pasó, es difícil no ver cómo su actuación hunde las raíces en la tradición comunista, mucho antes que en la misma el vocablo eurocomunista ni siquiera se hubiese articulado. Como mínimo comparte una forma de actuación común con los partidos comunistas occidentales surgidos de la Segunda Guerra Mundial, aunque en un marco radicalmente diferente. El ejercicio de la responsabilidad política o lo que se llamó en el caso italiano el *pragmatismo coraggioso* fueron también señas de identidad del PCE en este período. Si en Italia la aceptación de la legitimidad monárquica por parte del principal partido de la resistencia en 1944 o la actitud autocontentida en las manifestaciones posteriores al intento de asesinato de Togliatti en 1948, fueron dos momentos claves des este “pragmatismo valiente” que mostraban al comunismo hacia la sociedad por su capacidad de contención, disciplina y capacidad de integración, también en el caso español se encuentran estos elementos en las manifestaciones posteriores a los asesinatos de Atocha o en la aceptación de la bandera monárquica. En el primer caso, el de la matanza de abogados laboristas ligados al PCE en enero de 1977, es ya un lugar común afirmar que en la gran manifestación posterior el Partido Comunista se ganó la legalización, en una demostración de poder precisamente como poder autocontenido, sereno y silencioso. En el segundo, una vez consumada la legalización, inesperadamente para la militancia, y gran parte de los propios dirigentes, el Comité Central decidía renunciar a la bandera republicana en sus actos oficiales, para asumir la bicolor, un 15 de abril de 1977 (haberlo hecho el 14 habría podido aumentar intolerablemente el tono de la broma). En este sentido, a pesar de la euforia y el crecimiento militante vivido por un PCE ya legal después de casi 40 años de clandestinidad, los elementos de autocontención de lo esperado y de renuncias en los propios signos de identidad estuvieron plenamente presentes en la práctica del PCE. El resultado de esta forma de hacer política no supuso para los partidos occidentales, al menos aparentemente, una erosión electoral para un Partido Comunista Francés que salió de la Segunda Guerra Mundial siendo el primer partido en número de votos de Francia o para un Partido Comunista Italiano que, en su alianza con el PSI, llegó a agrupar el 44% del voto en esos mismos años. Pero en su caso las condiciones del fin del fascismo, por derrumbamiento final, y la práctica desaparición, o subordinación en el marco de la resistencia, de las opciones de la socialdemocracia clásica, creaban un contexto radicalmente diferente al vivido por su homólogo español en los años setenta. Y en ese contexto diferente, y la incapacidad para adaptarse a una nueva situación en el que él ya no estaba en el centro de la dinámica política, se encuentran parte de las claves de su deriva al final del período.

El ciclo electoral se realizó a partir de renunciaciones. Renunciaciones a la propia identidad, renunciaciones a las esperanzas de cómo sería esa democracia que nacía en medio de una crisis económica que estaba afectando a la propia base militante del partido. Renunciaciones que a medida que avanzaba un proceso de político de un ritmo extremadamente acelerado, donde las elecciones generales, los referéndums, las municipales y las autonómicas se encabalgaban a la vez que se pretendía construir un partido, se hacían cada vez más acuciantes, en un intento de retomar un proceso que ya no se controlaba. Tal fue el caso del largo debate sobre el leninismo, abandonado en abril de 1978 en el IX Congreso. Renunciaciones que a su vez no se traducían en mejoras apreciables en los resultados electorales. A la vez, si el PCE consiguió ser el partido del antifranquismo, lo consiguió primordialmente siendo primero el partido de los movimientos sociales, en un momento donde además la acción política no tenía ningún espacio institucional de desarrollo. En ese sentido la institucionalización democrática, la bifurcación entre sistema político y sociedad, supuso una consideración diferente del papel de estos movimientos, de los militantes que actuaban en los mismos, que conllevó también una pérdida de influencia en un campo que había sido crucial. Proceso, todo él, que supuso finalmente una sangría militante, ideológica y, finalmente, identitaria que cerraba todo un ciclo de la historia del comunismo español/**12**. Parecía que iba a ser prólogo, pero finalmente fue epílogo.

Xavier Domènech Sampere es historiador y profesor de la Universidad Autónoma de Barcelona. Miembro del Centre d'Estudis sobre les Èpoques Franquista i Democràtica sus investigaciones han girado al entorno de la relación entre movimientos sociales y cambio político, las identidades obreras y militantes bajo el franquismo, la memoria de los bombardeos durante la Guerra Civil y la relación entre movimientos memoriales y políticas públicas.

Bibliografía:

- Cebrián, C. (1997) *Estimat PSUC*. Barcelona: Empúries.
- Domènech, X. (2002) "El cambio político (1962-1976). Materiales para una perspectiva desde abajo". *Historia del Presente*, 1, 46-67.
- Domènech, X. (2008) *Clase obrera, antifranquismo y cambio político*. Madrid: Catarata.
- Domènech, X. (2009) "Cenizas que ardían todavía: la identidad comunista en el tardofranquismo y la transición". En M. Bueno y S. Gálvez (eds.) *Nosotros los comunistas*. Madrid: Atrapasueños.
- Molinero, C., e Ysàs, P. (2004) "El partido del antifranquismo". *Papeles de la FIM*, 22, 103-126.
- Molinero, C., e Ysàs, P. (2010) *Els anys del PSUC. El partit de l'antifranquisme (1956-1981)*. Barcelona: L'Avenç.
- Pala, G. (2008) "El PSUC hacia dentro. La estructura del partido, los militantes y el significado de la política (1970-1981)". En G. Pala (ed.) *El PSU de Catalunya. 70 anys de lluita pel socialisme*. Barcelona: ACIM.
- Sánchez Rodríguez, J. (2004) *Teoría y práctica democrática en el PCE (1956-1982)*. Madrid: FIM.

12/ El proceso que llevó a la crisis del PCE y el PSUC es mucho más amplio que lo apuntado aquí y ha sido tratado por distintos autores desde distintas perspectivas (Cebrián, 1997; Pala, 2008; Domènech, 2009; Molinero e Ysàs, 2010).